



## Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas

## Lic. Adelfo Regino Montes

Director General del Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas

#### Mtra. Bertha Dimas Huacuz

Coordinadora General de Patrimonio Cultural y Educación Indígena

José Luis Sarmiento Gutiérrez

Director de Comunicación Social





## El tlacuache y el fuego

## Pablo Eduardo Franco Romero

Ilustraciones Cecilia Gabriela Espinosa González

Diseño editorial Andrea Fernanda Arvizu Martínez

> Coordinación Norberto Zamora Pérez

> > México, 2023



## Introducción

Hace mucho tiempo, en un antiguo pueblo, un pequeño animalito era conocido por todas las personas de la localidad por su actitud temperamental. Se trataba de *Tlacuatzin*, de pelaje oscuro, rostro pálido, ojos redondos, orejas puntiagudas y cola frondosa, un tlacuache que disfrutaba hacer cosas por las que no debería sentirse orgulloso. Robaba comida, era grosero y perezoso. Y además, se encontraba completamente enamorado del pulque. Se la pasaba en casa de *Atzin*, un joven muy valiente y de su hermana menor, *Mixtli*, una dulce niña. Ambos hijos de *Iztli*, su padre, y *Yali*, su madre. Nadie confiaba en el pequeño marsupial, pero los niños sentían curiosidad e incluso afinidad por él.

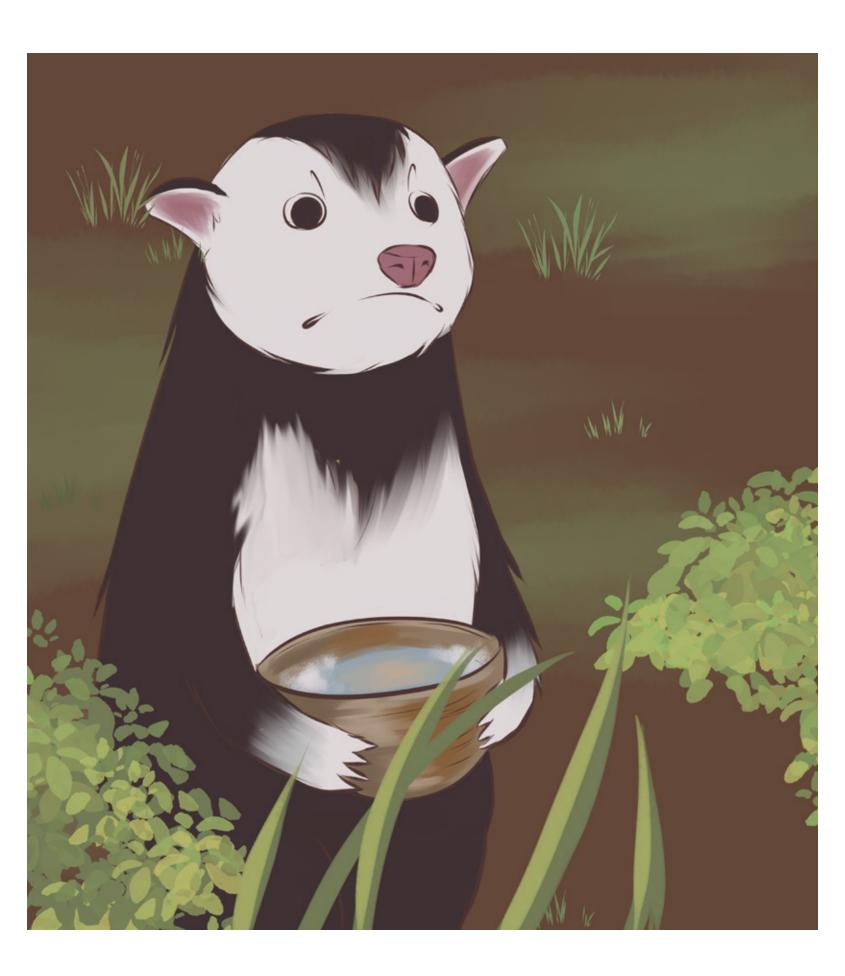
Un día, el invierno llegó y el sol se fue. Pero no solo el astro desapareció, sino que todo el fuego le siguió también. El pueblo y el mundo entero se vieron sumergidos en la penumbra, rodeados de sombras y un frío infernal. Mucha gente no resistió, y *Mixtli* se enfermó. *Tlacuatzin* se había reunido con el jaguar, el coyote y el armadillo para discutir la situación, cuando un rayo impactó en el bosque, creando una llamarada concentrada que no logró extenderse. Los pobladores se acercaron, y, cuando *Atzin* estaba a punto de tomar un poco de fuego con una rama seca, numerosos gigantes descendieron de la montaña, atacando a las personas y resguardando el fuego para ellos mismos.

*Iztli* y *Yali* resultaron heridos seguido de esto, y había que encontrar una manera de recuperar las llamas de los monstruos que las conservaban egoístamente. Los animales hicieron un plan, *Atzin* también. Pero el destino del fuego aún estaba por verse pues, a veces, un héroe puede llegar a ser quien menos esperamos.

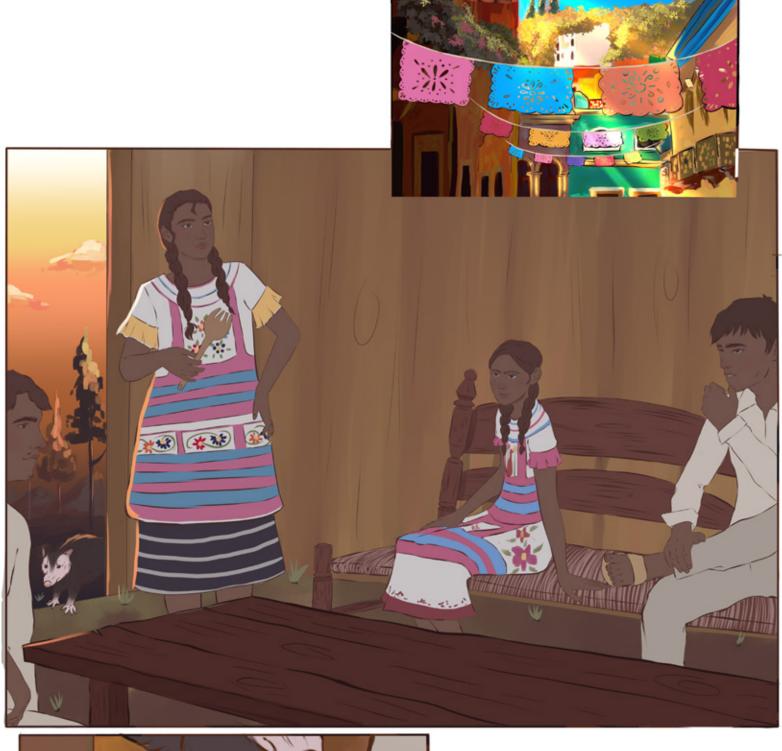
# El tlacuache y el fuego

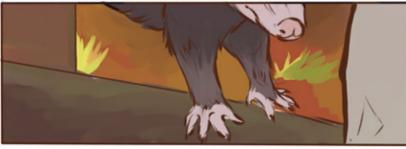
Hace mucho tiempo, en un pueblo de México, vivía una pequeña familia de cuatro integrantes conformada por Iztli, el papá; Yali, la mamá; Atzin, el hermano mayor y Mixtli, la hermana menor. Su vida por lo regular era bastante pacífica, con excepción de la presencia de un curioso amigo que los visitaba casi todos los días, Se trataba de Tlacuatzin, un pequeño tlacuache conocido por todos por ser muy sarcástico y en ocasiones hasta grosero, o al menos así lo describían. La gente lo veía como un viejo malhumorado que todo el tiempo estaba cansado y respondiendo de mala manera. Además, le encantaba beber pulque de maguey y hurgar en la basura de los demás. Era muy pequeño, tenía el pelaje casi por completo oscuro, a excepción de el de su cara, que era de un tono muy claro, casi blanco. Sus ojos eran redondos y negros, sus orejas puntiagudas y también tenía una enorme cola, más grande y frondosa que la de una ardilla, que utilizaba para colgarse de las ramas de los árboles.

Tlacuatzin era mayormente reconocido por su afición al pulque y por tomar cosas que no eran suyas. Siempre se metía a las casas y urgaba en la basura. Por alguna extraña razón, donde más frecuentaba hacer sus travesuras era en la casa de la familia de Atzin. El resto de niños lo veían asqueroso y les repugnaba. De hecho, lo llamaban "la rata sucia", pero a los dos hermanos les provocaba mucha curiosidad. Una vez, Atzin escuchó algo en el lugar donde depositaban la basura y se acercó solamente para encontrar al pequeño marsupial comiéndose las sobras del día anterior mientras se tambaleaba sobre lo que ahí se encontraba.



—¿Por qué haces eso? —preguntó Atzin, asomado por la orilla. —¡Aaah! —Tlacuatzin gritó mientras se tropezó con varias cáscaras de fruta que ahí se encontraban. —¿Estás bien? —volvió a preguntar el niño. —Sí, claro que estoy... —Una tos invadió por completo las cuerdas vocales del tlacuache, sin poder completar una sola frase. —Dime Tlacuatzin, ¿por qué haces eso? —Atzin insistió. El pequeño estaba reuniendo todas sus fuerzas para que lo que estaba a punto de decir tuviera algo de sentido, cuando de repente, Iztli y Yali llegaron corriendo al lugar para auxiliar a su hijo. Tlacuatzin aprovechó y, asustado, se fue corriendo de ahí. —¡Fuera de aquí! —gritó Iztli al ladronzuelo—. ¿Qué es lo que te hemos dicho tantas veces, Atzin? —¿Por qué no nos haces caso, hijo? —Yali también intercedió en la acción—. Ese tlacuache no es más que un borracho ladrón, hoy se lleva nuestra basura, pero mañana quién sabe qué será. Mixtli escuchó los gritos y llegó en el momento exacto en el que Atzin iba a empezar a hablar. -¿Qué pasó papi? —le preguntó a Iztli. —Nada, hija —respondió—. Tu hermano estuvo de desobediente otra vez. —¿Estuvo jugando con la rata sucia de nuevo? —Mixtli preguntó.





- —Así es, y eso está prohibi... —Iztli no alcanzó a terminar su oración.
- —¡No estaba jugando con él! —Atzin lo interrumpió.
- —Aún así, lo que estuvieras haciendo, ¡está prohibido! —Yali alzó la voz, rara vez lo hacía—. Lo que sea que tenga que ver con esa rata, ¡está prohibido! ¿Entiendes? Lo único que tienes permitido es cazarlo y sacarlo de la casa, no hablar con él.
  - —¿Escuchaste lo que dijo tu madre? —Iztli lo interrogó.
  - —Sí... —Atzin respondió cabizbajo, pero dispuesto a acatar las órdenes.

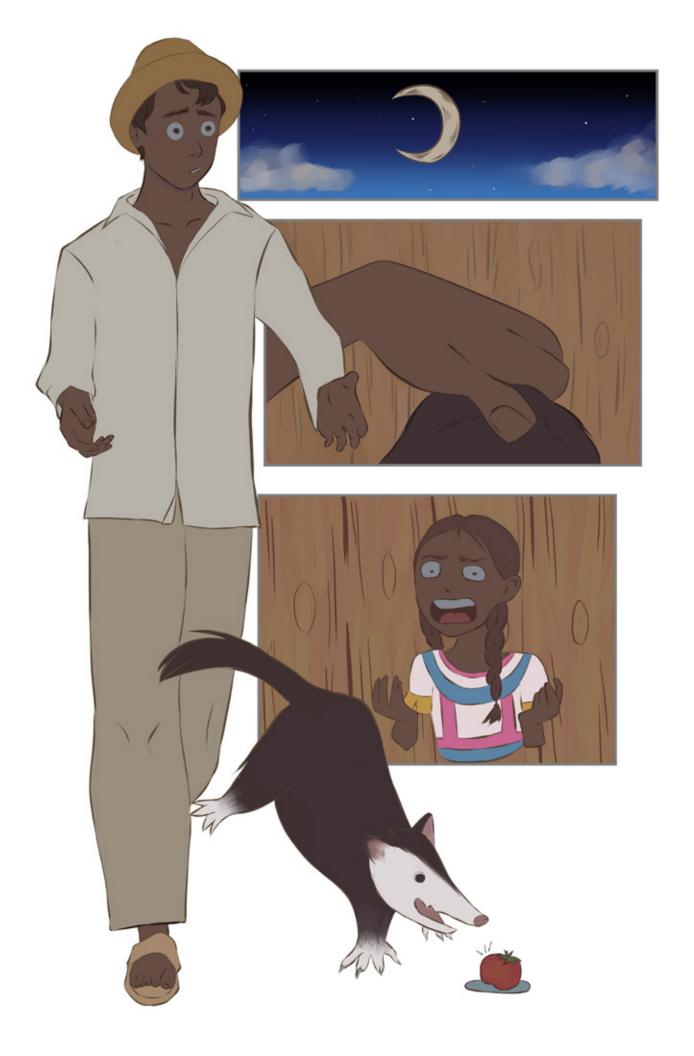
Todo transcurrió de forma normal, Tlacuatzin se asomaba en su basura casi diario y, por el exceso de pulque, hacía mucho ruido al entrar a cualquier lugar, alertando a todos. Aún así, la familia de Atzin decidió ignorarlo y deshacerse de él en cuanto tuvieran la oportunidad.

Una vez, Tlacuatzin estaba tan borracho que, cuando fue a buscar comida al hogar de la familia, se quedó ahí por varios días mientras dormía completamente perdido. Se despertó por los gritos de Atzin y Mixtli, y, en cuanto intentó salir del lugar en el que se encontraba, se tropezó con su propia cola, ya que apenas y podía caminar bien. Mixtli dio un grito enorme en cuando lo vio, alertando a todos. Tlacuatzin ya iba a correr, pero tenía las extremidades dormidas de permanecer tanto tiempo encerrado, por lo que no podía moverse. Mixtli seguía gritando y sus papás se acercaban, así que Atzin lo tomó con cuidado y lo lanzó lejos para que pudiera salvarse de la ira de sus padres. Tlacuatzin tenía una resaca terrible, pero aún así alcanzó a escuchar a lo lejos cómo sus padres le dieron a Atzin la regañada de su vida, ya que alcanzaron a ver que él fue quien lo arrojó a la distancia. Aún así, no le dio mucha importancia y se incorporó como pudo para alejarse del lugar.



Tiempo después, una tarde el tlacuache se estaba dirigiendo nuevamente a la casa de la familia. Ya ahí, logró ver a Atzin jugando solo en la tierra, pero lo ignoró y siguió caminando. Cuando al fin iba a resguardarse en el lugar en el que iba a pasar la noche, Atzin se acercó y comenzó a hablar con él.

—¿Cómo te fue el otro día? —le preguntó el niño.
—¿De que estás hablando? —Tlacuatzin sí recordaba, pero se hacía el interesante.
—Hace unos días, cuando no podías moverte muy bien y te lancé un poco lejos —le respondió—. ¿No te lastimaste?
—Ni siquiera lo recuerdo —dijo el tlacuache mientras seguía avanzando lentamente hacia su destino.
—¿Seguro? —le preguntó Atzin—. No sé si estás mintiéndome o si en realidad el pulque le ha causado muchos estragos a tu memoria.
—Ni una ni otra —respondió Tlacuatzin apresuradamente, mientras se de- tenía para hablarle al niño viéndolo directamente hacia los ojos—. Mi cabeza no está diseñada para recordar cosas insignificantes.
—¿Insignificantes? Si no te hubiera movido de ahí, quién sabe qué te habrían hecho mis papás.
—Nada, me hubiera escapado de alguna forma.
—Ya veo por qué me dicen que me aleje de ti. Es verdad que solo eres un ladrón y un borracho —dijo Atzin—. Ni siquiera las gracias puedes darme.



—¿Las gracias? ¿Por qué te agradecería? ¿Por qué le daría las gracias a un niño que ni siquiera sabe defenderse de sus propios padres? Yo pude haber salido solo de ahí, pero tú no te rebelarías ni con un ejército detrás.

—Eres un miserable —Atzin apretó el puño de la rabia—. De ahora en adelante, prepárate porque yo también te voy a cazar, malagradecido. Pudimos haber sido amigos.

—Yo no tengo amigos, y ni te preocupes por amenazarme que todo lo que digas será en vano —respondió Tlacuatzin—. Mejor sigue jugando con tu hermana como el niñito que eres y deja de pretender que ya eres un hombre.

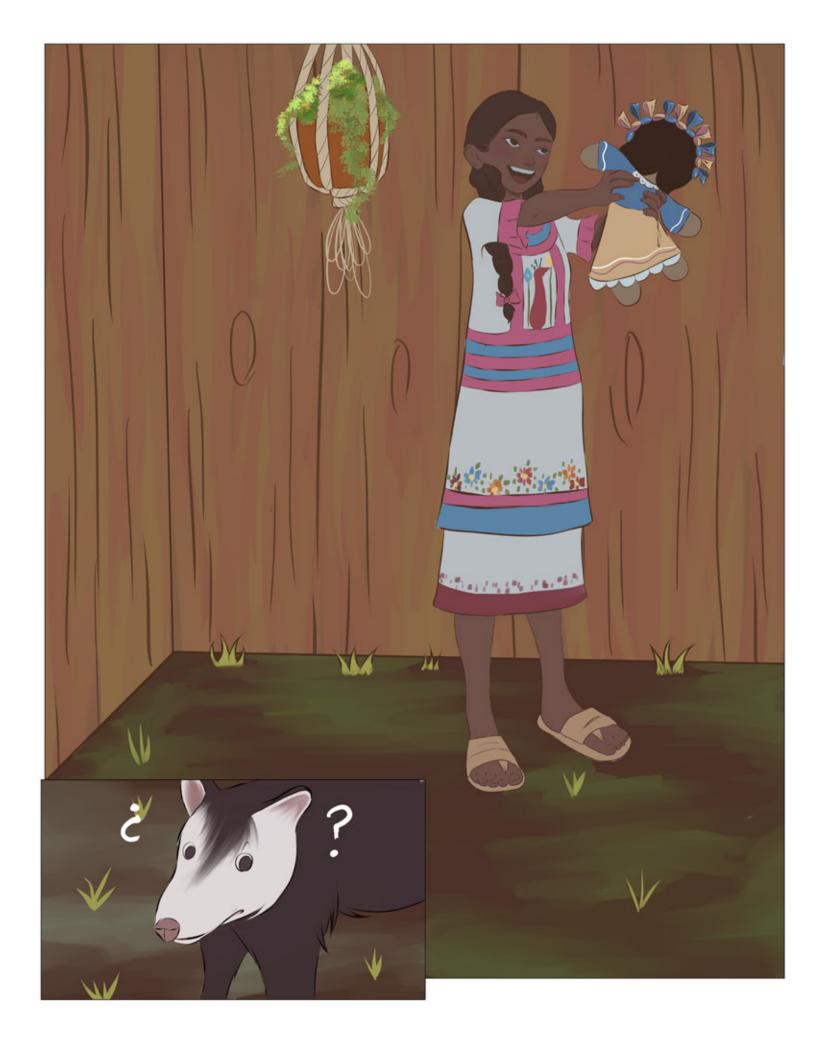
—Te detesto, yo solo quise ayudarte —Atzin comenzó a caminar.

—Nadie pidió tu ayuda —le dijo el tlacuache que, por primera vez, no se quedaba en su casa por gusto, como siempre había hecho.

Los dos caminaron en direcciones opuestas con un muy mal sabor de boca. Pero esa tarde hubo algo raro, pues fue la última vez, hasta ese entonces, que vieron al sol recostarse sobre las montañas. Al día siguiente, el invierno llegó, y nadie esperaba lo que vendría con él: una noche eterna, una oscuridad cegadora y un frío infernal. El sol se había idoy, con él, el resto del fuego también. Los pobladores ya no tenían con qué cocinar la comida o calentar sus casas, simplemente vivían en la completa penumbra. Muchos se enfermaron, muchos otros no resistieron, pero el pequeño tlacuache siguió ahí. Tardó en darse cuenta debido a la neblina que el pulque provocaba en su cabeza, y fue hasta dentro de varios días que, después de haber seguido yendo a la casa de Atzin por sus sobras y buscando un refugio cálido, notó que ambas cosas ahora eran inexistentes. Aún así, el ingenuo animalito pensó que se trataba de un invierno cualquiera. A pesar de las condiciones adversas, el tlacuache seguía yendo constantemente a la casa de la familia, pero cada vez tenía menos sentido. Se preguntaba si valía la pena gastar sus energías para llegar a un lugar en el que no había ni comodidad ni comida, pero, lamentablemente, así estaba el mundo en todos lados.

tando de frío y tosiendo mucho, así que el tlacuache le habló desde lejos.
—¡Oye niña! —dijo Tlacuatzin.
—¿Quién anda ahí? —Mixtli preguntó desconcertada.
—¿Por qué estás tosiendo tanto? —el pequeño ignoró su interrogante.
—¡Dije qué quien anda ahí! ¡Sal para que te vea! —la niña volvió a preguntar, esta vez más nerviosa.
—Soy soy un —Tlacuatzin estaba pensando qué decir para no asustarla—soy un pajarito, estoy guardado en mi nido porque hace mucho frío y por eso no me ves, ¿por qué tiemblas?
—Pero si aquí no hay árboles para poner nidos.
—Bueno, ¿me vas a decir o no?
—Pues porque estoy enferma. Llevo días así, pero no hay comida ni calor para curarme.
—¿Y por qué tus papás no hacen nada?
—Porque no pueden —respondió, triste, Mixtli—. El sol se fue para siempre. Aunque me quieren ayudar, no pueden.
—¿Para siempre? ¿No estamos en invierno?
—¿No eres un pájaro? ¿No ves el cielo o qué?

Tiempo después, llegando a la casa, vio a Mixtli jugando sola. Estaba titiri-



—Tan solo explícate —le dijo Tlacuatzin, que no entendía qué estaba pasando.
—Desde hace semanas que el sol no sale, ni uno solo de sus rayos toca la tierra. Y no solo eso, ahora ya nadie puede fabricar fuego —Mixtli respondió—. Mis papás dicen que este no es un invierno cualquiera, me dicen que esto es nuevo. Nunca antes había pasado algo así.
—¿Y si no hay sol ni fuego qué planean hacer? ¿Te vas a quedar enferma?
—No sé, supongo que sí.
—¿Y no saben cuándo va a regresar el sol? —preguntó el tlacuache.
—Mis papás creen que no va a volver —Mixtli respondió con pocas fuerzas.
—¿Pero eso qué sentido tiene? Siempre vuelve, solo se oculta durante el invierno.
—¿No eres un pájaro? ¿Por qué no mejor vuelas hasta donde está el sol y le preguntas si está bien?
Tlacuatzin se sorprendió con la inocencia de la niña, no supo qué decir. Pero decidió dejar de engañarla y ya no jugar más con sus ilusiones.
—Me tengo que ir, ojalá el sol regrese pronto.
—No, ¡espera! —imploró Mixtli—. ¿Por qué te vas?
La pequeña no recibió respuesta.
—¿Hola? ¿Sigues por ahí pajarito?

El tlacuache dejó de responder y se quedó observándola un poco más, después vio a Atzin y se dio cuenta de que también se notaba diferente; más débil, sin energías.

Así que, primero que nada, decidió dormirse un rato. Pero cuando despertó, fue directo a una cueva en la que se reunía de vez en cuando con los demás animales para preguntarles qué tanta verdad había en que el sol ya no iba a regresar.

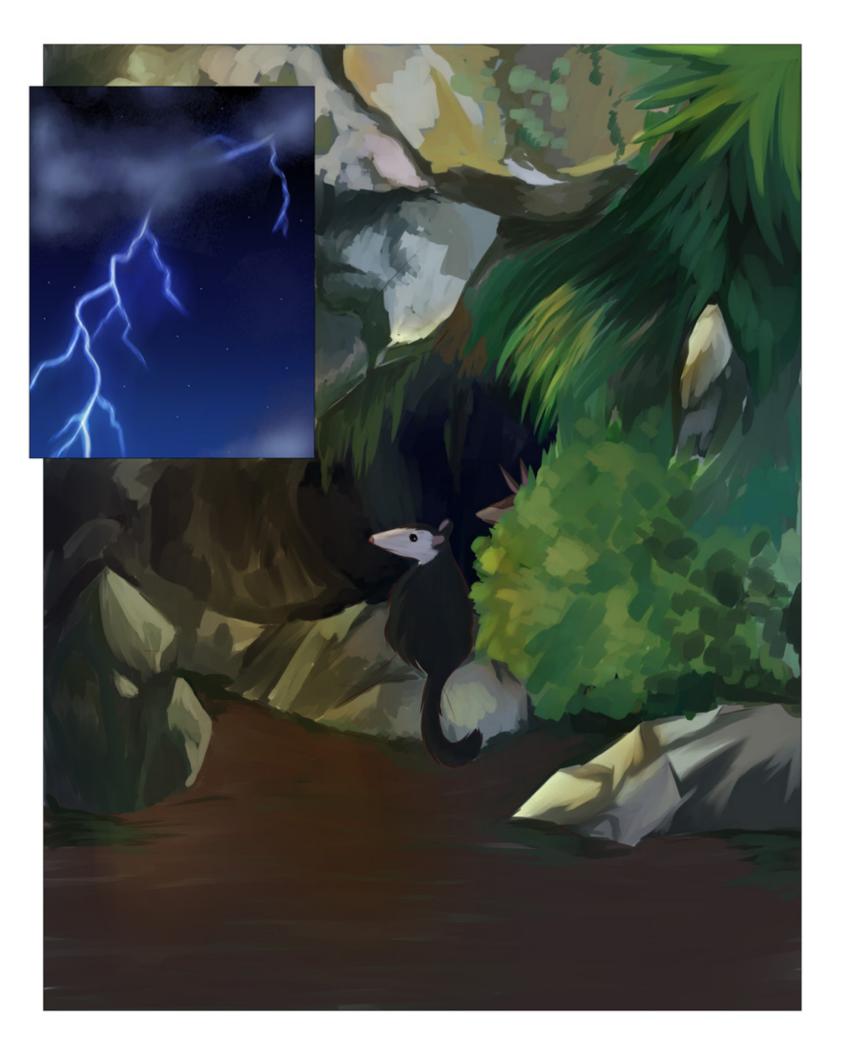
—Hola amigos, hace rato estaba hablando con una niña muy enferma y me comentó que el sol no sale desde hace mucho y que sus papás le dicen que no volverá. —expresó Tlacuatzin—. Yo pienso que solo es el invierno y ya, ¿pero qué tanta razón creen que tenga?

—Ay, tlacuache —le dijo el jaguar—, tú no cambias nada. Las palabras de esa niña son la pura verdad. Pero no me sorprende que no te hayas dado cuenta, pude oler el aguamiel en tu pelaje cuando aún estabas a kilómetros de distancia.

—Eh... bueno. ¿Pero qué parte de lo que dijo es la pura verdad? ¿La parte en la que el sol no ha vuelto a salir desde hace un tiempo o la parte en la que dijo que ya no va a regresar? —preguntó Tlacuatzin con mucha incertidumbre.

—Todo es verdad —El coyote se adelantó al jaguar, que estaba a punto de responder—. Es cierto que es invierno, pero nunca había estado escondido tanto tiempo. Ya perdí la cuenta de las semanas. Y muchas de las personas y animales sabios que pueden ver más allá de las estrellas, concuerdan en que el sol se fue para siempre.

—¿Pero entonces qué haremos? —Tlacuatzin se llevó sus patas delanteras, en forma de manos, a la cabeza—. El frío no se llevará solo a los del pueblo, ¡también a nosotros!



—Solo podemos esperar —respondió el armadillo—, no hay nada....

El armadillo se calló por completo y los demás también. Un estruendo como nunca antes escuchado había azotado la tierra con una fuerza inmensa. Un único rayo había caído en el bosque, aún cuando no estaba lloviendo. Y entonces, la cueva se empezó a iluminar un poco desde la entrada.

- —¿Qué fue eso? —preguntó el jaguar.
- —No lo sé, ¡vamos! —El coyote se fue corriendo a toda velocidad.

El armadillo y el tlacuache los siguieron. Llegando al lugar, los animales se percataron de que ya había pobladores ahí también. El fuego estaba concentrado en una parte del bosque, por alguna razón no se extendió al resto causando un incendio forestal. Solo había una enorme llamarada iluminando a todos los árboles y criaturas de alrededor, pero sin llegar a tocarles. Las personas se estaban acercando a verlo con gran incredulidad e intriga, entre ellos, Atzin y su familia.

- —Papá, papá, mira —Mixtli jalaba de la manga a su padre—. ¡Es fuego!
- —Sí, pero ten cuidado hija. No te acerques mucho —respondió Iztli—. ¡Atzin!
- —¡Aquí estoy! —gritó su hijo a la distancia.
- —¡Ven para acá! —le ordenó su madre.
- -¡Ya voy! ¡Esperen! -Los ojos le brillaban al muchacho.

Atzin estaba admirando el fuego, no recordaba cuando fue la última vez que lo vio. Él era el más cercano a la llamarada; el resto de los pobladores, fuera por miedo o por admiración, no avanzaron tanto como él. Sus ojos no podían creer

lo que estaban presenciando. Atzin pensó rápido, y agarró una rama seca del piso, para poder tomar parte del fuego y llevárselo a su casa y al resto del pueblo. Pero algo inesperado ocurrió: se escucharon algunos ruidos y de repente un gigante de la montaña casi lo aplasta con su enorme pie.

-;Atzin! -Su padre fue corriendo hacia él.

—¡Hermanito! —Mixtli se dispuso a hacer lo mismo con un miedo horrible en sus ojos, pero Yali la detuvo.

Atzin comenzó a correr con dirección a Iztli, y este último, le gritó al gigante que se fuera de ahí.

—¡Lárgate! —Levantó los puños, pues no contaba con ningún arma en ese momento—. ¡Vete si quieres vivir!

En ese momento, lejos de que la amenaza funcionara, solo causó más problemas, pues descendieron todavía más gigantes de la cima de la montaña y sus intenciones no eran buenas. Los pobladores intentaron defenderse, pero sus rivales se deshacían de ellos con tan solo un manotazo o una pequeña patada. Era una pelea que no iban a ganar. Atzin se quedó atrapado entre los gigantes y no tenía hacia dónde huir, y era imposible que su papá lo ayudara debido a que también se encontraba rodeado. Entonces los animales decidieron ayudar: el coyote corrió a distraer a los gigantes y el armadillo se propuso mostrarles a Atzin e Iztli cómo salir de ese inmenso laberinto mortal. Los únicos que se quedaron atrás fueron el jaguar y Tlacuatzin.

La estrategia funcionó, y con la distracción del coyote y la guía del armadillo lograron dejar a casi todos los gigantes atrás, pero no por completo. Uno de ellos todavía estaba siguiéndolos sin parar. Iztli se tropezó gracias a que se atoró con las raíces de los árboles, pero su hijo se regresó a ayudarle.



—¡Vete de aquí! —le imploró Iztli—. ¡Ve con tu mamá y tu hermana!

—¡Deja de moverte! —Atzin estaba desenredando las pequeñas raíces del pie de su padre.

—No hay tiempo que perder, ¡vete! —Iztli empujó a Atzin con todas sus fuerzas, pero también con el mayor cuidado posible para evitar que su hijo se cayera al igual que él.

Atzin no tuvo más remedio que correr, el gigante estaba muy cerca y tenía que sacar a su mamá y a su hermana de ahí, pero en cuanto llegó con ellas, Yali le encargó a Mixtli y se fue corriendo lo más rápido que pudo para ayudar a su esposo, que estaba aún más adentro del bosque. Llegó con él después de mucho correr y lo desenredó rápidamente, le ayudó a pararse porque se quedó lastimado del pie y avanzaron tan veloz como pudieron. El gigante, insaciable, se acercaba cada vez más. Entonces Yali se quitó el brazo de su esposo de encima de su cuello y se decidió a llevarlo de otra forma, pero no le dio tiempo porque el monstruo ya estaba justamente atrás de ellos.

Yali empujó a Iztli como si su propia vida dependiera de ello. Trató de correr y evitarlo, pero aún así, el gigante alcanzó a pisar una pierna de la mujer y la dejó tirada en el piso. En ese momento todos los presentes se quedaron mudos, inmóviles. Sobre todo la familia de la mujer. El gigante estaba dispuesto a usar su otra pierna para deshacerse de ella, pero antes de que pudiera lograr su cometido, el resto de sus compañeros le gritaron. El monstruo se fue con el resto de ellos y la dejó en el suelo. Atzin y Mixtli fueron corriendo lo más rápido que pudieron hacia ella, e Iztli, a pesar de estar lastimado, hizo lo mismo.

—¡Mami! ¿Estás bien? —preguntó la pequeña Mixtli con lágrimas en los ojos, las cuales trataba de reprimir pues no quería mostrarse vulnerable en ese momento.









—Sí, hija —Se incorporó—. Solo fue un rasguño. Ayúdame, Atzin.

—Necesitas revisarte eso, mamá —le dijo su hijo.

—Ya veré, ¿y tú papá? —Yali trataba de ocultarlo, pero tan sólo mover su pierna le generaba un dolor insufrible.

—Aquí estoy —Iztli casi se cae por la prisa que tenía por llegar—. Debiste dejarme ahí.

—Somos cuatro, no tres —le respondió su esposa—. No sé qué haría sin ti.

—Ni yo sin ti —Iztli abrazó con todas sus fuerzas a Yali.

—¡Miren! —Mixtli había centrado su atención en algo más.

—¿Qué cosa? —preguntó su madre.

Y en efecto, esa era la razón por la que le habían hablado al gigante. Sus compañeros estaban decididos a tomar todo el fuego que había y que nadie había visto en meses. Y para eso, necesitaban unirse entre todos. Algunos pobladores intentaron detenerlos, entre ellos Atzin. Y también se acercaron el coyote y el armadillo para evitar que robaran la tan preciada llama, pero todo fue en vano. Los gigantes eran impenetrables, no se podía hacer nada en contra de ellos. A la mínima provocación, daban pisadas en el suelo que sacudían toda la tierra. Así que tuvieron que desistir y regresaron todos juntos al pueblo: sus habitantes, la familia de Atzin, el armadillo, el jaguar, el coyote y Tlacuatzin también.

—¡Los gigantes se llevan el fuego!

—¿Y ahora qué haremos? —preguntó uno de los pobladores—. Esa llama era nuestra única esperanza para sobrevivir.

—Debemos quitárselas, no hay otra opción. —respondió Atzin. -¿Y cómo planeas hacerlo? -Otro de los integrantes del pueblo adoptó una postura altanera—. Tus manos están tersas y tus brazos flojos. No podrías lograr nada ni aunque quisieras, eres un niño. —¡No le hables así! —amenazó Iztli—. Al menos él está proponiendo algo. —Tranquilos, discutir no arreglará nada —dijo el armadillo—. En momentos como estos, es cuando más debemos unirnos. -¿Tú tienes un plan? ¿Uno mejor que quitarles el fuego y ya? -preguntó de nuevo el mismo hombre. —Es que no hay de otra —El armadillo ni siquiera lo volteó a ver—, o tomamos el fuego o morimos. Así de simple. —Pero ¿cómo lo podemos recuperar? —Yali preguntó con la mano en su frente, pues le había empezado a dar fiebre debido a su lesión. —Lo mejor debe ser un ataque directo. Ellos no se lo esperan, creen que nunca haremos nada por miedo. Pues no es así —dijo el coyote mientras caminaba y sus cuatro patas no hacían ningún ruido—, debemos mostrarles de qué estamos hechos y algo así probaría nuestro punto. Eso, o algo más sigiloso. Pero debe ser un ataque sorpresa. -¿Y cómo planeas hacerlo? -preguntó Atzin. —Para empezar, entre todos debemos... El coyote le contó su plan al poblado y la gran mayoría accedió a acompa-

ñarle, ya que les pareció una buena estrategia y, además, todo mundo estaba

desesperado por algo de luz y de calor. Nadie de la familia de Atzin podía ir: sus papás estaban lastimados, su hermana era una niña que además estaba enferma, y él tenía que cuidar de todos ellos en ese momento. Mientras tanto, Tlacuatzin se acercó al jaguar y al armadillo.

—¿Ustedes qué harán? —preguntó el marsupial—. ¿Lo van a acompañar? —Probablemente no —respondió el jaguar con desinterés—. Su estrategia no va a funcionar. —¿Entonces por qué no le ayudamos? —El armadillo se notaba molesto con su respuesta. —Porque a mí no me interesa lo que le pueda pasar a estas personas. Si están enfermas, es más fácil para mí poder comer sin ningún esfuerzo. Los otros dos animales se quedaron callados de la incomodidad, ninguno sabía qué decir. —¿Entonces tú sí irás? —Tlacuatzin se dirigió hacia el armadillo. —No lo sé, no soy tan rápido como ustedes tres y tengo que ayudar a la gente del pueblo, es lo que he estado haciendo este tiempo. ¿Y tú? —le respondió. —No... no creo. Tengo cosas que hacer. —¿Emborracharte y dormir? —El jaguar se rió.

Tlacuatzin no respondió nada.

—Ay Tlacuatzin, ojalá los acompañaras, ojalá fueras diferente —El armadillo se encontraba notablemente decepcionado—... Espero que algún día cambies para bien.



—Le pides mucho —respondió el jaguar.

Los tres se separaron y cada quien siguió su camino. A Tlacuatzin por lo general no le afectaban los comentarios ajenos, simplemente no les daba importancia. Pero sabía que el armadillo lo apreciaba, y era mutuo, por lo que esta vez sí se sintió lastimado con sus palabras. Estaba reflexivo, pero en algún punto decidió ir a revisar cómo estaba la familia de Atzin y, para eso, debía hablar con Mixtli.

- —¡Oye niña! —Tlacuatzin no quería jugar con las ilusiones de la pequeña otra vez, pero sabía que si se quería acercar a ella debía ser de esta forma.
  - —¿Pajarito? —preguntó Mixtli—. ¿Otra vez eres tú?
  - —Sí, regresé.
- —¿De dónde? No... espera. No quiero saber. La última vez te fuiste y me dejaste hablando sola. Eso no se hace —La pequeña tosió por varios segundos sin descanso.
- —Ay, qué rencorosa —Pensó el tlacuache—. Perdóname, tuve que irme corrien… volando. Necesitaba revisar unos asuntos urgentes. ¿Cómo estás?
- —Mmm... está bien. Confiaré en ti una vez más. Pero solo una, eh —Suspiró antes de empezar a hablar—. Yo estoy bien, normal... —Volvió a toser—, pero mis papás están lastimados. Ambos de las piernas, aunque mi mami está peor. Uno de los gigantes casi... sí supiste lo qué pasó, ¿verdad?
  - —Sí, lo vi todo desde arriba.
- —Bueno, pues uno de los gigantes casi le destroza la pierna. Ninguno de los dos puede hacer mucho, y mi hermano los está cuidando. Él quería acompañar

al coyote a recuperar el fuego, pero es imposible en estas condiciones.
—¿Y por qué no los cuidas tú?
—Mis papás dicen que estoy muy pequeña para eso. De hecho, mi hermano también me está cuidando a mí —Su voz estaba cada vez más ronca, sin importar las veces que se aclarara la garganta.
—Ya veo, y —El tlacuache no podía creer lo que estaba a punto de decir— ¿les puedo ayudar en algo?
—Por ahora creo que no. Solo esperemos que logren quitarles el fuego a los gigantes.
—Espero lo mismo, niña.
Por otro lado, al pueblo le llegaron noticias del ataque del coyote.
—¿Qué pasó? —Uno de los pobladores ancianos se amontonaba sobre otro para poder ver, todos estaban conmocionados.
—Nos destrozaron —le respondió otro hombre, que había ido a apoyar a recuperar el fuego—. Fue una masacre, los gigantes son impenetrables.
Tlacuatzin y el armadillo llegaron corriendo a ver qué estaba pasando.
—¿Y en dónde está? —el armadillo preguntó con miedo en su mirada.
Nadie dijo nada.
—¡Respondan! —ordenó Tlacuatzin, con resignación en sus ojos.



—Murió — respondió otro de los que acudió al reclutamiento — no pudimos hacer nada.
—¿Pero cómo es que —El armadillo fue interrumpido.
—Los gigantes son demasiado fuertes —le contestó el mismo hombre—, es imposible vencerlos. Se quedarán el fuego para siempre.
—¡No!¡No lo harán! —El armadillo se encogía de la impotencia de saber que su amigo ya no se encontraba más entre ellos—. ¡Esta vez lo haremos a mi manera! Si un ataque directo no funciona, si la fuerza bruta no sirve, ¡entonces usemos la cabeza! Hay que ser inteligentes. Puede que nos veamos superados físicamente hablando, ¡pero somos más! Hay que ser sigilosos. No debemos sorprenderlos, debemos hacer que ni siquiera noten nuestra presencia. Si nos infiltramos y rodeamos su base, lograremos quitarles el fuego.
—¿Y cómo planeas hacer eso? —alguien más le interrogó—. Tienen guardias. Nunca dejan desprotegido el lugar, siempre están vigilando. Y para alimentar el fuego, están talando todos los árboles de alrededor. No hay en dónde esconderse.
—Entonces debemos actuar ya mismo, mientras aún haya espesura del bosque para cubrirnos. Debe ser hoy. ¿Quién viene conmigo? —preguntó con ímpetu el armadillo—. Discutiremos las especificidades del plan más adelante.
Nadie levantó la mano, nadie se movió siquiera un poco.
—¿Quién viene conmigo? —esta vez gritó con todas sus fuerzas.
Muy poca gente se acercó. Se podían contar con los dedos de las manos.

—¿Nadie más? ¡Vamos a recuperar el fuego! O hacemos eso, o no habrá futuro para nosotros. ¿Quién más nos va a acompañar?

Nuevamente, se acercaron muy pocas personas. El miedo podía leerse en cada parte de su cuerpo; después del ataque fallido del coyote y de sus fatales consecuencias, nadie más quería arriesgarse.

—Está bien —el armadillo observó a quienes se encontraban a su lado—. Con nosotros será suficiente. Prepárense para nuestro regreso, corten madera y ténganla lista para poder esparcir el fuego rápidamente. Lamento que no nos acompañen más de ustedes, pero sé que podremos hacerlo. Avancen hacia allá, en unos momentos trazaremos el plan a seguir —el armadillo le indicó a su tropa.

Después de hablar tanto en público, se acercó en privado a Tlacuatzin.

- —Amigo, ¿vas a venir? —el armadillo le preguntó con seguridad—. No me dejes solo.
- —No... no puedo. No soy como tú, ni como el coyote, ni como ninguno de ustedes. Solo te estorbaría.
- —Eso no es cierto. Mientras más seamos, mejor. Además, tu tamaño puede ser de gran ayuda, y trepas los árboles como nadie.
- —No es verdad, me podría caer en cualquier momento y arruinaría todo insistió Tlacuatzin—. Mejor vayan ustedes. Yo ayudaré en las cosas que la gente del pueblo necesite.
- —¿Y en serio lo harás? —El armadillo le dio la espalda, decepcionado—. ¿O solo te irás a emborrachar y a dormir?

El armadillo se fue cabizbajo. Estaba cargando un gran peso sobre su espalda, y aparte estaba decepcionado de la actitud de su amigo, a quien siempre había apreciado. Tlacuatzin no se sentía mejor, sus ojos estaban rodeados de lágrimas que trataba de contener de cualquier manera. Había defraudado a uno de los pocos animales que siempre lo trató bien.

Tlacuatzin estaba perdido y afligido, así que decidió ir otra vez con Mixtli. Para este punto, ella se había convertido en el único ser con el que podía hablar libremente, si no se toma en cuenta que ella pensaba que se trataba de un pájaro. Llegó a su casa y con su cola se colgó de una pequeña rama para hablarle. Esta vez la pequeña no estaba jugando en el patio, pero aún así decidió llamar a su confidente con la esperanza de que lo escuchara.

—¡Oye niña! —gritó como siempre, pero no recibió respuesta—. ¡Niña! ¡Sal de tu casa! —El tlacuache esperó escuchar su voz, pero nadie salía, hasta que escuchó un ruido.

—¿Quién anda ahí? —Atzin salió apresuradamente.

Tlacuatzin no respondió.

- -¿Quién anda ahí? -el joven volvió a gritar.
- —¿Dónde está la niña? —El tlacuache no pudo aguantarse las ganas de preguntar.
- —¿Quién diablos eres y por qué te interesa en dónde está mi hermana? Atzin tomó una lanza recargada en la pared y adoptó una postura de combate,
  - —Porque soy su amigo —dijo con inseguridad.
  - —¿Su amigo? Entonces muéstrate.

—Baja el arma primero.
—No, Mixtli ni amigos tiene —Atzin volvió a empuñar la lanza—. Si no sales, te voy a buscar.
Tlacuatzin dudó muchísimo, pero al final decidió mostrarse ante el mucha- cho. Pudo haber huido y esconderse con facilidad, pero esta vez quería hacer las cosas de manera diferente.
—Está bien, está bien —dijo mientras bajaba del árbol—. Soy yo.
—¿Rata sucia? ¿Qué haces aquí? —Le apuntó el arma—. ¿Qué quieres que tenga que ver con mi hermana? ¿Le quieres robar?
—Vine a ver cómo se encuentra, la última vez estaba tosiendo mucho. —Tla- cuatzin levantó las manos y se hizo lentamente hacia atrás.
—¿La última vez? ¿Pues cuántas veces has venido?
—Muy pocas, pero he hablado con ella.
Mixtli te tiene miedo, ¿cómo es que te acercabas a ella sin asustarla?
—Le dije que me hice pasar por un pájaro.
—Entonces así te ganaste su confianza. Mintiéndole.
—No fue con malas intenciones —Tlacuatzin se encogía de hombros—, solo quería saber cómo estaba todo y ella me lo contaba. Quiero ayudarla. Ella es es mi amiga.

—¿Ayudarla? —Atzin soltó una risa suspirada—. Puedes hacerle creer mentiras, pero a mí no. Si ella no tiene amigos, tú menos. Vete de aquí y deja de engañarla —Se dio la vuelta y comenzó a retirarse.
—Dime cómo está, por favor —Tlacuatzin apretaba los puños de los nervios, mientras esperaba su respuesta—. Te lo pido por favor.
—¿Por qué habría de hacerte un favor? —El joven se dio la vuelta para verlo a los ojos—. La última vez, lo desconociste y me insultaste. Rata.
—Y te pido perdón por eso, tenía la mente nublada —El tlacuache ya no sabía qué decir para convencerlo, decir mentiras le era más fácil que ser honesto—. No merezco que me hagas ningún favor, lo sé
—Exacto. No te lo mereces. Así que lárgate ya. —Atzin fue contundente con sus palabras.
—Está bien —le dijo con resignación y un suspiro desesperanzado, pues ya

El tlacuache comenzaba a irse, pero Atzin notó un arrepentimiento verdadero en sus ojos.

había intentado todo—. Si ella... si necesitan ayuda en algo, házmelo saber.

—Espera —le dijo, sin poder creerse lo que estaba a punto de hacer —. Mixtli... no está bien. Su salud empeora cada día. Mis papás no me lo dicen, pero estoy seguro de que ni ellos creen que pueda salvarse —Sus ojos comenzaron a llenarse de lágrimas —. Y yo no sé qué hacer. Tengo que cuidar a los tres, pero no tengo cómo ni con qué. Quise ir con el coyote y ahora mismo quisiera estar con el armadillo, ayudándole a recuperar el fuego. Pero no puedo dejar a mi familia sola.

—Lo lamento tanto, niño. Pero estoy seguro de el armadillo logrará tomar la llama y regresarnos el fuego.
—Eso espero —El joven contenía su llanto—. Porque si no, no sé qué voy a hacer.
—¿Puedo verla? —Tlacuatzin tenía un nudo en la garganta—. Por favor.
—Eh —Atzin se limpió las lágrimas rápidamente—… sí, pero rápido. ¿Le dirás quién eres?
—No ¿sabes qué? Mejor déjame colgarme en tu espalda para que no me vea y dile que vino su amigo el pajarito a verla. Creo que en estos momentos eso ayudaría más.
—Creo que tienes razón. Está bien. Súbete.
Ambos entraron a la casa de Atzin. Su padre estaba dormido. Yali los alcanzó a escuchar, pero, por la oscuridad, apenas lograba distinguir la sombra del joven.
—¿Hijo? —le preguntó—. ¿Con quién hablabas?
—Con el amigo de Mixtli, el pajarito.
—¿Todavía sigue viniendo?
—Sí, quiere saber cómo está.
—Pues pásalo —dijo Yali con una cálida cortesía—, deja que entre y que la vea.
—Eh —Atzin volteó a ver a Tlacuatzin para saber qué hacer, pero ninguno de los dos tenía idea, así que tuvo que improvisar—… no, no. Este… solo vino de



rápido a preguntar porque se tenía que ir.

- —Qué mal —Yali suspiró—. ¿Tú cómo estás? ¿Ya comiste?
- —Ahorita como algo mamá, no te preocupes.
- —No vayas a estar sin alimentarte nada y guardando la comida para nosotros eh, tú también necesitas fuerzas y energía.

Tlacuatzin volteó a ver sorprendido a Atzin.

- —No, mamá —dijo el joven, avergonzado—... no te preocupes.
- —Está bien hijo, ve a cuidar a tu hermana por favor.
- —Sí mamá —Atzin comenzó a retirarse.
- —Y perdóname —A Yali se le cortó la voz de repente—, en cuanto me recupere no tendrás que seguir haciendo nada de esto.
  - —No... no hay nada que perdonar. Descansa mamá.

Atzin salió de la habitación y se dirigió con su hermana. Solo eran unos pocos pasos, pero a ambos se les hizo eterno. Tlacuatzin no tenía ningunas palabras de reconforte que pudieran ayudarlo así que prefirió no decir nada. Y de repente, empezó a escuchar una fuerte tos.

—Yo creo que está despierta. Aún así, no hagas ruido —le dijo el joven al tlacuache.

Ambos entraron y ahí estaba Mixtli. Se veía más débil que nunca. Sus ojos estaban rodeados de un amargo color, y su piel estaba tan pálida que apenas

se podía distinguir de las sábanas blancas que la cubrían. Además, la pobre niña no dejaba de toser. -¿Mixtli? - preguntó su hermano con suavidad -. ¿Estás despierta? -¿Atzin? -Tosió en cuanto terminó de hablar -. ¿Ya regresó el fuego? ¿Qué pasó? —No... no. Un amigo vino a verte. -¿Un amigo? ¿Quién? -Los ojos de la pequeña se iluminaron por un momento. —Es... el pajarito con el que has estado hablando estos días. Vino a buscarte al patio, pero como no estabas, lo traje aquí. -¿Está aquí? - preguntó con emoción - ¿Puedo verlo? —Eh... sí está aquí conmigo, pero no puedes verlo. Es que... hace mucho frío, entonces debe quedarse guardado en mi ropa o se va a enfermar. —Pero, aunque sea su carita, ¿sí? Atzin volteó a ver al tlacuache atrás de su espalda, que desesperado movía la cabeza de lado a lado diciéndole que no lo hiciera. —No, es que... Bueno, mejor explícale tú, pajarito. —Hola niña —Tlacuatzin había sido tomado por sorpresa, pues no pensaba introducirse de esa manera—...¿Cómo has estado?

—Creo que mejor, pajarito —Se aclaró la garganta—. ¿Y tú?

—Eh... bien. Bueno, regular. He estado cuidando a mi familia.

Atzin levantó una ceja mientras lo volteó a ver, creía que esa era una mentira insostenible.

- —¿Tienes familia? No me lo habías dicho.
- —Ah... es que —Tlacuatzin recordó que, en efecto, nunca le había comentado tal cosa—... no teníamos mucho tiempo para hablar. Pero bueno, ¿qué necesitas para mejorarte?
- —El fuego, el sol, lo que sea que dé calor —Mixtli tosió de nuevo—. ¿Crees que el armadillo pueda robarles la llama a los gigantes?
  - —Yo... creo que sí. Es muy inteligente y capaz. Si alguien puede hacerlo, es él.
- —Espero que tengas razón. No solo lo necesito para mí, mis papás igual están enfermos —Sus ojos comenzaron a llenarse de lágrimas—. Y mi hermano no está comiendo bien por cuidarnos. Necesitamos el fuego ya.
- —Sí niña —La voz de Tlacuatzin se partió entre las dos palabras—, no te preocupes. Estoy seguro de que pronto regresará... Hay... ¿hay algo que pueda hacer yo? Para ayudarte a ti, o a tu familia.

Atzin vio sorprendido al tlacuache, pues se dio cuenta que no estaba mintiendo y que en realidad quería hacer algo.

- —Ve a mi hermano, ayúdale trayendo comida o algo —Mixtli se limpió las lágrimas con las sábanas—. Debe ser cansado cuidar a tus dos papás y a una niña.
  - —Lo haré. Espero que te mejores, niña.

—Aunque tengo que decirte algo. Yo no sé si voy a estar aquí mañana, porque cada día me pongo peor. Entonces, si por cuidar a tu familia no puedes ayudar a la mía, y tomando en cuenta que tal vez no nos volvamos a ver —Mixtli volvió a aclararse la garganta—, un gran favor que podrías hacerme sería dejarme verte. Eres mi amigo, no puedo irme al otro mundo sin haberte conocido.

—Niña, no digas eso —a Tlacuatzin se le heló la sangre—. Vas a estar bien. Tu hermano está aquí contigo y el armadillo va a traer el fuego. Además... si me asomo me puedo enfermar también o...

- —Solo un segundo, por favor —la pequeña lo interrumpió, decidida—. Por favor.
- —Está bien, no te vayas a asustar. No vayas a gritar.
- —No, no —le dijo Mixtli con alegría.
- —¿Estás seguro tla... pajarito? ¿En verdad quieres hacer esto? —Atzin estaba lleno de dudas.
- —Sí, deja que me vea —le dijo—. Pero primero, cierra tus ojos y no los abras hasta que yo te diga —esta vez se dirigió hacia la niña.
  - —Sí, está bien —La pequeña cerró los ojos con una gran sonrisa en su rostro.

Tlacuatzin subió por el hombro del muchacho, bajó por todo su brazo y llegó hasta donde se encontraba recostada Mixtli.

—Bueno... ahora... ábrelos —le instruyó el marsupial.

La pequeña abrió los ojos y lo vio. Se encontraba a un lado de ella. Lejos de perder su sonrisa, comenzó a reírse tiernamente. Lo que confundió tanto a su hermano como al tlacuache.

—¿Estás bien, Mixtli? —su hermano preguntó con incertidumbre, pero ella siguió riendo.
—¿Por qué te ríes? ¿No estás asustada? —El tlacuache estaba extremada mente confundido.
—No, sabía que eras tú —Mixtli reía y tosía por igual.
—¿Qué? — preguntó Tlacuatzin.
—¿Cómo? —preguntó Atzin, al mismo tiempo.
—Sí, tú solito de delataste —respondió la pequeña.
—; Cuándo? Fui muy precavido —el pequeño se justificaba mientras trataba

—En primera, se me hacía raro que un pajarito no se mostrara ni por un momento, si yo los veo todo el tiempo. En segunda, todo lo que decías me hacía darme cuenta que no tienes idea sobre la familia. Hacías preguntas muy raras. En tercera, justamente nunca dijiste que tuvieras familia, hasta hoy. Y, por último, reconocí tu voz. Llevas viniendo a nuestra casa años —Mixtli volvió a reírse.

de recordar todo.

—Vaya, y yo pensé que me estaba convirtiendo en un ave de verdad —le respondió el tlacuache mientras se reía auténticamente, algo que no había hecho hace años.

Atzin también rió suavemente, pues sus padres estaban dormidos. Tal vez no había ningún fuego que pudiera brindarles luz, pero la habitación estaba completamente iluminada por la risa unísona de los tres.

- —Quién diría que mi amigo eras tú —Mixtli rió inocentemente, y los dos la siguieron. Pero de repente, escucharon varias voces.
  —¿Qué es eso? —preguntó Tlacuatzin.
  —No sé, vamos. —Atzin lo agarró y lo subió a su hombro.
  - —Esperen, no me dejen aquí —la alegría de la niña se disipó por completo.
- —Hermanita, no te podemos llevar allá —le dijo su mayor—. No sabemos qué está pasando, y tú estás muy grave como para salir a la calle. Espéranos, ahorita regresamos.
- —No se tarden, por favor —Los ojos de Mixtli denotaban su tristeza, mientras volvía a toser.

Los dos salieron apresuradamente, pero en silencio, pues Iztli y Yali seguían dormidos. Las voces se incrementaban y se escuchaban cada vez más, pronto lograron distinguir que se trataba de una multitud.

- —¿Qué estará pasando? —Atzin le preguntó al tlacuache—. ¿Crees que hayan recuperado el fuego? —volvió a preguntar, mientras caminaba rápidamente.
- —No sé —Tlacuatzin se apretaba las manos debido a los nervios—... espero que sí.

Ambos salieron de la casa y vieron a gran parte del pueblo desplazarse juntos en una sola dirección, por lo que comenzaron a seguirlos rápidamente. La multitud se empezó a frenar y amontonar, todo mundo estaba tratando de ver lo que ocurría. Un hombre estaba cargando al armadillo entre sus brazos, y no se movía.





-¿Qué le pasó? -gritó Tlacuatzin mientras saltaba desde los hombros de Atzin al piso—. ¿Quién le hizo esto? —¿No pudieron traer el fuego? — preguntó un anciano apoyado sobre su bastón. —¿Qué pasó allá? —preguntó Atzin con desesperación. —Otra vez nos destrozaron. En verdad —El hombre tomó aliento—... en verdad que los gigantes son indestructibles. Pero ahora no están solos, el jaguar trabaja con ellos —Tlacuatzin no podía creerlo—. Está vigilando el resto del bosque y nada se escapa de su visión. Él fue quien... él le hizo esto al armadillo. Es imposible traer el fuego, lo siento. La multitud suspiró en conjunto, los niños empezaron a llorar y muchas de las personas mayores comenzaron a retirarse hacia sus hogares. —¿El jaguar está con ellos? —pensó el tlacuache para sí mismo—. No puede ser posible. -Esperen, ¡yo iré! -Atzin interrumpió los pensamientos del marsupial y detuvo el abandono de la gente—. Voy a traer el fuego, solo... solo esperen aquí. -¿Y vas a ir tú solo? - preguntó una señora preocupada. —No creo que nadie más quiera acompañarme —le respondió. —Niño, ¿qué estás haciendo? —Tlacuatzin se paró en frente de él, tratando de evitar que siguiera avanzando. —Si dos excursiones completas no han podido recuperar el fuego —un hombre se abrió pasó entre los pobladores, con un tono burlesco—, ¿qué te hace pensar que tú sí?



- —Tiene razón —dijo otro hombre, más preocupado—, no te arriesgues. Es una muerte segura.
- —Lo mínimo que puedo hacer es intentarlo —Atzin no miraba a nadie a los ojos, y seguía avanzando a pesar de que intentaba ser detenido—. Si no lo hago, de cualquier forma, me voy a morir.
- —Niño, no digas tonterías —Tlacuatzin se subió en él de nuevo—. Te vas a morir allá, y tu familia te necesita. Aquí.
- —Tú cuida de ellos entonces, por favor. Si no traigo el fuego, mi hermana no va a aguantar mucho más.
- —Tú vas a cuidar de ellos, no yo. —El pequeño se bajó del joven, corrió y se paró frente a las personas que aún seguían ahí—. Escúchenme todos, ¡yo iré por el fuego!

La gente buscó con su mirada quién había dicho eso, hasta que la bajaron. Y en cuanto vieron al pequeño tlacuache, con sus manos cerradas en forma de puños y su cola erizada, comenzaron a reírse.

- —¿Qué tontería estás diciendo? —Por primera vez Atzin se frenó y se dio la vuelta para verlo directamente.
  - —¿Un tlacuache va a recuperar el fuego? —Un señor comenzó a reírse.
- —Y no cualquier tlacuache, es la mismísima rata sucia —Otro hombre se reía a carcajadas mientras lo señalaba—. Eres un ladrón y un borracho, ¿y ahora quieres hacerte el héroe? Mejor cuéntanos otro chiste.

Tlacuatzin se sentía intimidado, enrolló su cola y comenzó a hacerse hacia atrás. El surco de sus ojos se llenó de lágrimas y tenía un nudo en la garganta.

—¡Déjenlo en paz! —Atzin le gritó a quienes se estaban burlando—. Al menos él quiere hacer algo, cobardes. Pero tú, escúchame bien—esta vez se dirigió a su amigo—, si con una pisada pueden aplastarme a mí, imagínate lo que te harían a ti con un solo dedo. Y, además, el jaguar está con ellos, no hay manera de que no te huela o te vea por ahí. Quédate y cuida a Mixtli y a mis papás, por favor.

—¿Pero cómo —el tlacuache iba a renegar, pero al final accedió—... Está bien, te acompaño a tu casa para lo que vayas a llevar.

—¿Entonces al final quién irá? ¿El niño o la rata? —preguntó un hombre más, mientras volteaba a ver a los demás buscando aprobación en sus risas.

—Eso no te interesa, agradece que alguien sí va a ir. —Atzin clavó su mirada en los ojos de aquella desagradable persona—. Los demás, preparen brasas para cuando traigamos el fuego. Hay que alimentarlo para evitar que se vuelva a extinguir.

Atzin bajó su mano para que Tlacuatzin se subiera por su brazo hasta su hombro. Y cuando lo hizo, se dirigieron a su hogar sin decir una sola palabra. En cuanto entraron, el silencio desapareció por completo, pues el pequeño marsupial comenzó a gritar con todas sus fuerzas.

- -¡Despierten!¡Levántense!
- —¿Qué haces? —Atzin trató de taparle la boca o si quiera agarrarlo, pero el tlacuache era más rápido y se bajó de él para recorrer todo el lugar.
  - -¡Despierten!¡Despierten!¡Escúchenme!
  - —¿Qué estás haciendo? ¡Cállate!

se levantó de su lecho e hizo lo mismo. Tlacuatzin no dejaba de gritar. -;Despierten!;Arri... —¿Qué es esto? —preguntó Yali, interrumpiéndolo. -¿Qué está pasando? -Iztli buscaba con la mirada de dónde venían esos gritos. —¿Tlacuatzin? —Mixtli encontró su rastro en seguida, y estaba sonriendo por verlo correr por todas partes. —¿La rata — Yali se interrumpió a sí mismo—... Atzin, ¿qué te dijimos de convivir con esa cosa? —Perdón papá, no sé... —Perdonen que los despierte, pero tengo algo que decirles —Tlacuatzin interrumpió al joven, mientras se detenía en una posición elevada y recuperaba el aliento. —¡Bájate de ahí!¡Sal de nuestra casa ya! —gritó Iztli con una estruendosa voz. —En verdad, ¿qué estás haciendo? No te entiendo —le dijo Atzin al tlacuache—. Pensé que habías cambiado. —Solo escúchenme, por favor —el pequeño se dirigió a los cuatro. —Nadie tiene por qué escucharte, ladrón —le dijo Yali, con una voz débil pero decidida—. Salte antes de que yo misma comience a cazarte.

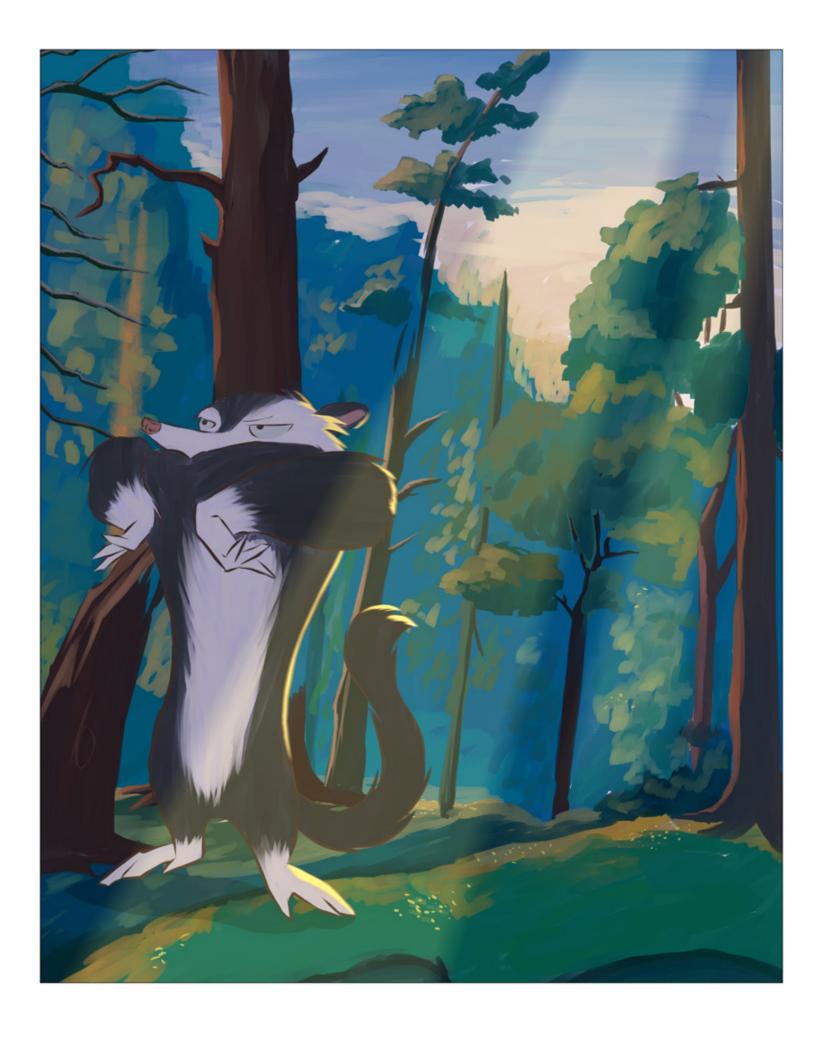
Iztli y Yali se despertaron y se dirigieron, cojeando, a la entrada. Mixtli también

—No, mami. Él es mi amigo —Mixtli jalaba las prendas de su madre mientras le explicaba—. No seas así, déjalo que hable. -¿Tu amigo? ¿En qué momento... —El armadillo no regresó con vida y su hijo quiere ir a recuperar el fuego él solo — Tlacuatzin interrumpió a Yali, y por fin había captado la atención de los presentes—. Si va, tampoco regresará con ustedes. Atzin se quedó mudo, no sabía qué hacer. Sus padres y él se vieron mutuamente, sin decir nada durante unos segundos. Mixtli no entendía muy bien qué estaba pasando, pero no quería que su hermano se fuera. —¿Qué es lo que te pasa? —Atzin le preguntó, con mucha ira—. ¿Te doy una segunda oportunidad y así me lo agradeces? —¿Qué te pasa a ti? —Iztli lo tomó por el brazo—. ¿Te quieres morir? Ir tú solo es un suicido, si el... -¡Quiero hacer algo! - Atzin movió su brazo para soltarse e interrumpió a su padre—. ¡Quiero que Mixtli y ustedes estén bien! —¿Y crees que sin ti vamos a estar mejor? — Yali clavó su mirada en él —. Somos cuatro hijos, no tres. Y ya haces algo, desde siempre. Nos has ayudado mucho al cuidarnos. Sin ti no sé cómo estaríamos nosotros ahora mismo, o tu hermana. —Quédate aquí Atzin. —Mixtli tenía la voz ronca—. No te vayas, por favor.

—Si no traigo el fuego, no sé cuánto más seguiremos aquí. De nada sirve que

me quede si nuestras horas están contadas. —La frustración en las palabras

del joven era más que obvia.



—Yo lo traeré —dijo Tlacuatzin en voz baja, sin ver a nadie.
—¿Qué? —Los cuatro preguntaron al unísono.
—Sí voy a ir por el fuego.
—¿Qué estás diciendo? —Atzin no podía creer lo que escuchaba, antes pensó que solo era una distracción.
—Tú la rata ¿vas a ir por el fuego? —Iztli preguntó con incredulidad.
—Sí, es lo que dije —Tlacuatzin estaba mirando hacia el piso, como buscando el valor que necesitaba para emprender su misión.
—¿Y cómo vas a hacerlo? —Yali lo cuestionó—. Si el coyote y el armadillo no pudieron, ¿cómo es que tú sí lo harás?
—A veces vale más mañana que fuerza, ya pensaré en algo.
—No puedes ir, solo vas a conseguir que te maten. Ya se los dije, yo voy a recuperar el fuego —Atzin estaba decidido.
—Prefiero mil veces que vaya a la rata a que lo hagas tú, no vas a ir a ningún
—Deja de decirle así —Mixtli defendió a su amigo e interrumpió a su padre—. No es una rata, es un tlacuache.
—¿Perdón? —Los ojos de Iztli se clavaron sobre su hija.
—Es mi amigo, y si alguien puede recuperar el fuego, es él —La pequeña sonrió mientras volteaba a ver a Tlacuatzin.

—Otra vez con lo de tu amigo, qué parte de...

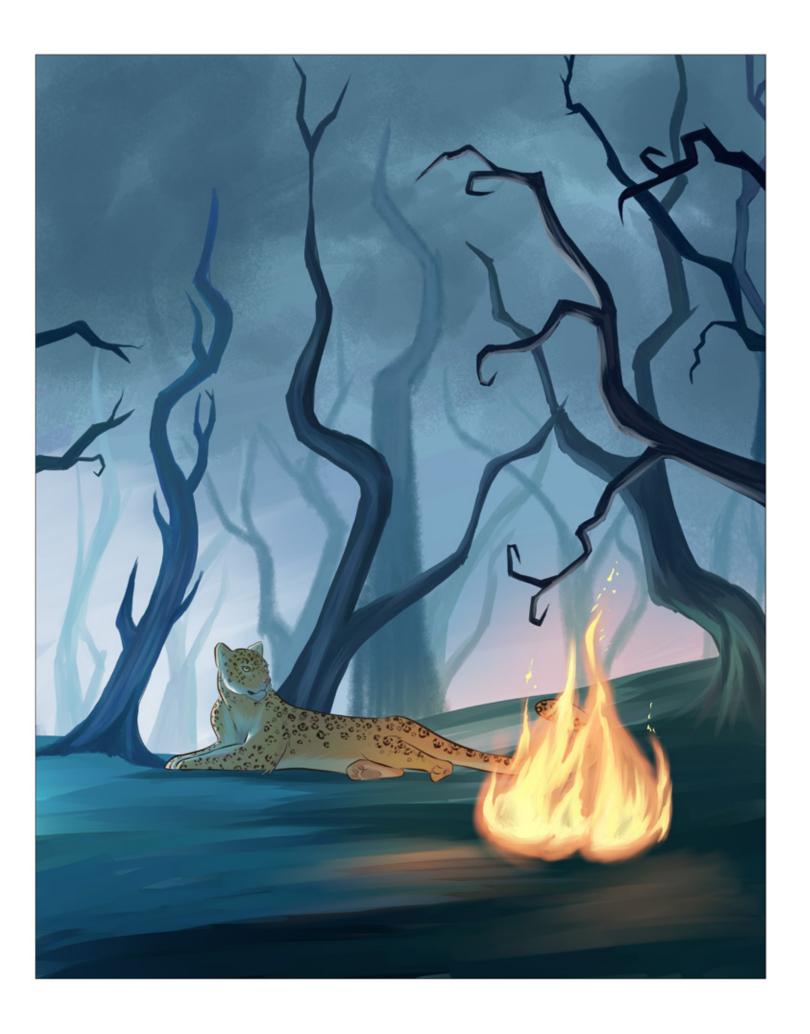
—Me tengo que ir ya. Cuanto antes, mejor —El marsupial no dejó que Yali terminara su oración—. No dejen que el hombrecito me siga —les dijo a sus padres—. Tú tienes que quedarte aquí —esta vez se dirigió hacia Atzin—, tu familia te necesita. Cuídalos bien, sobre todo a la niña. Estén atentos para cuando regrese y que podamos alimentar y conservar el fuego. Avísenle a los demás del pueblo por favor —el tlacuache empezó a caminar hacia la salida.

—Ten...; ten cuidado! —Atzin no quería que se fuera sin darle unas palabras de aliento, a pesar de todo lo que estaba sintiendo por dentro.

—¡No te tardes, tlacuachito! Aquí te esperamos —le dijo Mixtli.

Tlacuatzin salió corriendo lo más rápido que pudo. Pasó por donde se habían reunido con anterioridad, y varias personas aún se encontraban ahí. Y, mientras esperaban ver a Atzin partir, solo se percataron de un pequeño animalito que iba con mucha prisa.

Después de correr sin descanso durante algunas horas, al fin llegó al lugar en el que se encontraban los gigantes. Era un sitio lúgubre y desolador. Lo que antes era un frondoso bosque lleno de vida ahora estaba completamente destruido, pues habían talado cada árbol para alimentar al fuego. La llama se encontraba rodeada por varios gigantes, y el jaguar estaba recostado en un pequeño montículo, observando todo. Tlacuatzin pensó rápidamente que, si quería triunfar, no debía hacer ni lo que el coyote ni el armadillo intentaron anteriormente. Así que, en primera, decidió esperar. Los últimos dos ataques habían sido muy precipitados, sin mucha planeación y demasiado cercanos entre sí. Entonces, el pequeño se enrolló y se recostó en el piso, confundiéndose con el entorno.



Mientras tanto, después de hablar con sus padres y cuidar un poco a su hermana, Atzin salió a ver a la gente del pueblo. Ya eran muy pocas personas, pero llevaban ahí bastante tiempo.

- —¿No ibas a ir por el fuego? —le preguntó un hombre.
- —Iba a hacerlo... pero ya no —Atzin tenía la mirada baja—. Mis papás no me dejaron y... al final fue el tlacuache.

Un estadillo de risa se dio entre los pobladores. Para la poca cantidad de gente que había, sus carcajadas se escuchaban por todo el lugar.

- —¿El tlacuache? —un hombre se interrumpió a sí mismo son su propia risa—. ¿La rata sucia va a recuperar el fuego?
- —No sé que es peor —dijo una mujer, riendo de igual forma—, que lo intente un niño o un tlacuache.
- —Ya nos quedamos sin fuego, señores. Fue un placer —dijo un anciano, con un tono más serio—. Espero que su partida de este mundo no sea tan tortuosa.
- —Al menos nuestra partida será más agradable que la del tlacuache, los gigantes lo van a hacer tamal.

Atzin había estado conteniéndose comentario tras comentario, pero no aguantó más y explotó.

—¿Por qué no se callan? —les gritó a todos—. ¿Por qué les es tan fácil juzgar? Puede que Tlacuatzin no sea precisamente la imagen que se nos viene a la cabeza cuando pensamos en un guerrero, estratega, o siquiera en alguien confiable. Pero al menos va a hacer algo. Todos ustedes están aquí solamente burlándose. Y ya sea por miedo, incapacidad o simple apatía, no fueron ni con

el coyote, ni con el armadillo, ni con él. Puede que sea pequeño, y puede que su pasado no sea el mejor, pero al menos lo está intentando. ¿Ustedes qué han hecho? ¿Ustedes qué están haciendo en este momento? —Atzin esperó una respuesta, pero nadie se la dio—. Eso pensé. Preparen brasas para cuando traiga el fuego de regreso, y estén listos para retractarse y agradecerle, porque nos va a salvar a todos.

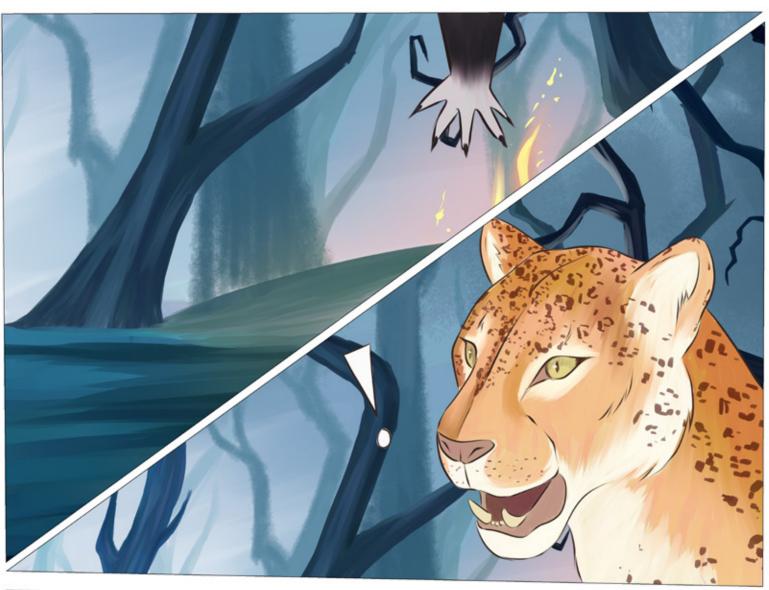
Por otro lado, ya de noche, Tlacuatzin se dio cuenta de que los gigantes no lo percibían y el jaguar tampoco. Así que tomó la decisión de quedarse ahí el mayor tiempo posible. Su plan, por el momento, era el de ser un simple observador. Pretendía analizar el comportamiento de los monstruos y encontrar algún tipo de patrón o punto débil para utilizarlo a su favor. Ya tenía mucha sed, hambre y sueño. Pero debía seguir así si quería lograr su cometido. Así avanzaron las horas hasta el amanecer, cuando se dio cuenta de que los gigantes que estaban resguardando el fuego se desplazaron hacia las orillas del bosque, y otros más los reemplazaron. Habían hecho un cambio de guardia. Por otro lado, el jaguar dormía la mitad del tiempo. Estaba tan confiado y tan seguro de sus sentidos, que pensaba que nada ni nadie se le podía escapar.

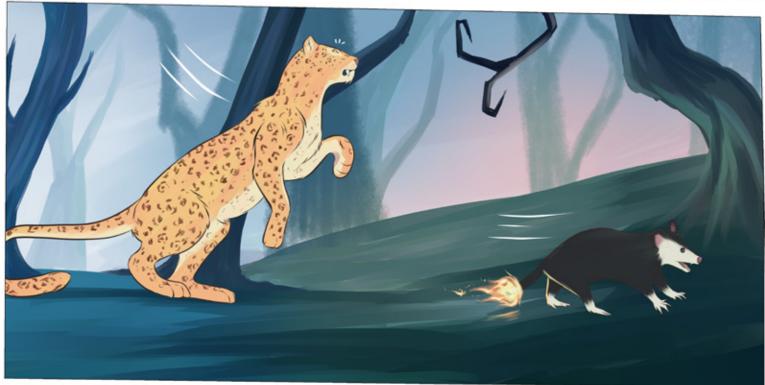
Tlacuatzin siguió observando, y ya no solo pasaban las horas, también los días. El pobre animalito estaba más débil que nunca, pero sabía que esperar sería la clave de su triunfo y la única manera de recuperar el fuego. Después de haberlos estado observando por casi una semana, se dio cuenta de que cada mañana, cuando los gigantes hacían cambio de guardia, dejaban la llama desprotegida por aproximadamente un minuto, ya que caminaban muy lento. Además, a esas horas, el jaguar por lo regular estaba dormido. Así que ya lo tenía decidido: a la mañana siguiente, en cuanto los gigantes intercambiaran posiciones, tomaría una brasa y con ella robaría el fuego.

El tlacuache esperó toda la noche, y no pudo dormir debido a la tensión de lo que tenía planeado hacer. Por fortuna, se había quedado tan quieto durante todos esos días, que ni los gigantes ni el jaguar le prestaban la más mínima atención, así que solo tenía que ser rápido. Se realizó el cambio de guardia, y los monstruos que estaban resquardando la llama se desplazaron para darle paso a quienes los iban a cubrir. En ese momento, Tlacuatzin estiró su cuerpo por primera vez en varios días y cada vértebra de su columna tronaba como si alguien estuviera pisando rocas. Le dolió mucho desenrollarse, pero en cuanto se colocó sobre sus cuatro patas dormidas, corrió débilmente hacia el fuego. Utilizando la poca energía que le quedaba, se acercó a la llama y sintió su calor después de muchísimo tiempo de no haber percibido esa sensación. Ya había olvidado la dulce calidez que llevaba tanto tiempo extinta, y recordó la importancia de compartirle eso mismo al resto de personas y animales, antes de que fuera demasiado tarde. Así que sigilosamente tomó una brasa del piso y la puso sobre el fuego, la llama incendió la madera en seguida y el pequeño estaba listo para correr, pues los gigantes no tardarían mucho más en cubrir a sus compañeros. Todo había salido demasiado bien, pero Tlacuatzin pisó una pequeña rama que al quebrarse hizo despertar al jaguar. El pequeño, por suerte, se dio cuenta inmediatamente y volvió a enrollarse. Mientras él se preguntaba cómo es que ese diminuto ruido había despertado al felino y las estruendosas pisadas de los gigantes no, el jaguar vio la brasa y decidió prestarle atención. Estaba seguro de que simplemente se había caído una llama al piso, pero aún así no dejó de fijarse. El problema era que el fuego se estaba extendiendo rápidamente por la brasa y los gigantes que cubrirían a la guardia pasada ya iban a llegar.

El tlacuache empezó a moverse lentamente para poder llevarle el fuego al pueblo antes de que se extinguiera, pero esto no pasó desapercibido por el jaguar. Sus ojos verdes se dieron cuenta de que la brasa se estaba desplazando, así que en seguida corrió hacia ella. Tlacuatzin escuchó sus patas acercándose y comenzó a correr también a toda velocidad.

—¿A dónde vas, rata? —El jaguar corría sin mucho esfuerzo, pues le gustaba intimidar a sus presas—. ¿No supiste lo que le pasó al armadillo?





El marsupial no podía responder, pues sostenía la brasa con su boca, además de que estaba corriendo con su máximo esfuerzo. Trepó a un árbol y usó su cola para tomar la madera, así que ahí sí pudo hablar.

—No te esfuerces en subir, no me vas a alcanzar —amenazó al felino.

—Tal vez no sea tan bueno trepando como tú, pero aún así puedo llegar allá arriba sin problemas, solo que me estoy divirtiendo —dijo el jaguar con una sonrisa cínica y escalofriante—. Además, si quieres llevar el fuego al pueblo, tarde o temprano vas a tener que bajar.

Tlacuatzin no tenía tiempo para hablar, pero tampoco sabía qué hacer. Así que decidió saltar hacia el piso y seguir huyendo de su cazador, pero el jaguar hizo lo mismo y lo atrapó entre sus filosos dientes. Lo mordió, lo sacudió y después lo arrojó al piso.

—No puedo creer que sí te hayas animado a venir —El felino lo miraba desde arriba, con desprecio—, si tus dos amigos no lograron nada, ¿por qué tú sí? Qué patético. Te hubieras quedado robándole a la gente del pueblo, no a nosotros.

El jaguar se retiró lentamente, seguro de su victoria. Tlacuatzin se quedó inmóvil en el piso, se encontraba sumamente malherido y nunca había estado más débil en su vida. Estaba listo para rendirse y viajar al otro mundo, pero vio que la brasa aún tenía un poco de fuego que seguía sin extinguirse, aunque estaba próximo a hacerlo. Así que, en un último esfuerzo, lo único que se le ocurrió al pequeño fue prender su cola en llamas, de esta manera podría llevar lo poco que quedaba al pueblo y no sería todo en vano.

Tlacuatzin se acercó débilmente a la brasa a la que le quedaban apenas unos segundos más de fuego, y puso su cola ahí. Gracias a su frondoso pelaje, se encendió inmediatamente y entonces se dispuso a correr. El jaguar estaba tan ensimismado que no se dio cuenta hasta que regresó a su pequeño montículo y

vio que, otra vez, el fuego se estaba moviendo solo. Comenzó a perseguirlo otra vez, pero ya había gastado gran parte de su energía y además estaba muy por detrás. El tlacuache siguió corriendo como si no hubiera un mañana, dejando un rastro de sangre en el piso. Su cola estaba quemándose por completo y a él le dolía de una manera indescriptible, pero ya solo le interesaba poder llevarle el fuego a la gente del pueblo y, en especial, a Mixtli y Atzin.

Continuó moviéndose, metiéndose debajo de las raíces y trepando por los árboles, todo esto para despistar al jaguar, que lo venía siguiendo de cerca. A pesar de su inmenso cansancio, no se detuvo ni por un segundo.

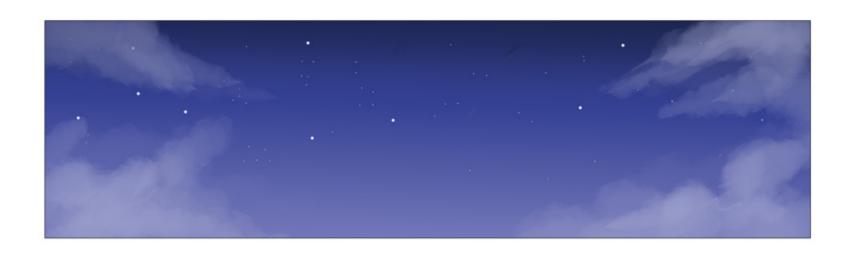
—¡Ven aquí! —le gritó el jaguar, desesperado—. ¡Si les regresas el fuego a los humanos, los gigantes me van a exterminar!

Tlacuatzin no tenía el tiempo de responder, así que solo lo ignoró. El felino siguió persiguiéndolo y después de tanto amenazar, comenzó a implorarle que le devolviera la llama. Así estuvo, sin poder alcanzarlo, hasta que llegaron al pueblo.

—¡Rápido! —gritó el tlacuache en cuanto entró—. ¡Tomen sus armas y traigan las brasas, tengo el fuego conmigo!

La gente no podía creerlo, pero con solo ver su cola quemándose podían confirmar que sus palabras no decían mentira alguna. También se percataron al jaguar, que estaba a punto de meterse al poblado, pero se frenó rápidamente cuando vio que varias personas ya tenían lanzas, arcos y toda clase de armamento entre sus manos.

El tlacuache llegó a una fogata que llevaba apagada semanas y colocó su cola ahí para poder encenderla. En ese momento, Atzin, que había escuchado todo el alboroto, llegó corriendo a ver a su amigo.





—¡Tlacuatzin! —dijo con incredulidad—. ¡Lo lograste, trajiste el fuego!

En cuando la fogata se encendió e iluminó todo a su alrededor, el joven apagó la cola del marsupial con una tela, y se percató de que el pequeño no decía nada, además de que pudo notar todas sus heridas.

## -¿Tlacuatzin? ¿Estás bien?

La gente comenzó a agruparse a su alrededor, nadie podría creer que ese pequeño animalito había logrado lo imposible. Y más conociendo de quién se trataba, un tlacuache viejo, borracho y ladrón. Mientras tanto, el jaguar se rehusaba a irse, pues la gente que le estaba apuntando con sus armas aún estaba muy asustada como para hacer algo. Por lo que Atzin tomó un arco y dejó solo a su amigo por un momento para dirigirse hacia allá.

- —Lárgate de aquí traidor —le dijo el joven al felino.
- —No me iré sin el fuego —amenazó.

—Si entras al pueblo, no te irás con vida —Atzin amenazó de regreso—. Todos —se dirigió a la gente armada—, ¡atrás de mí! Si nos unimos, no puede hacer nada.

Las personas lideradas por Atzin empezaron a avanzar hacia el jaguar apuntándole con toda clase de armas, y este último se quedaba cada vez con menos espacio. El miedo podía leerse en sus ojos.

—Entiende que no vas a entrar aquí, ya hiciste suficiente daño —Atzin lo tenía en la mira de su arco, con la flecha a solo unos centímetros de él—. Así que tú elige, o mueres a manos de los gigantes, aunque tal vez puedas salvarte si corres ya, o mueres aquí y ahora. El jaguar entendió que estaba hablando completamente en serio, y que, de perecer ahí a poder escapar, prefería esa segunda opción. Por lo que se fue corriendo lo más rápido que pudo, quedando completamente desterrado y destinado a ser ahora la presa de los gigantes.

El pequeño no respondía, seguía respirando, pero estaba inmóvil. Atzin regresó con él y ya no sabía qué hacer, cada vez llegaba más y más gente, entre ellos, su familia.

—Responde por favor —Atzin tenía lágrimas en los ojos, unas que ya no intentaba contener más—, trajiste el fuego. Ya pronto todo va a estar bien.

Sus dos padres llegaron cojeando, sorprendidos por ver con claridad todo de nuevo gracias a la enorme fogata que estaba encendida y al resto de lugares que también se iban iluminando poco a poco. Mixtli los acompañaba, con una enorme sonrisa en el rostro. Hasta que vio a su hermano llorando al lado de su amigo, y fue corriendo hasta ellos.

—¿Qué pasó? —preguntó la niña, con miedo de saber la respuesta—. ¿Tlacuachito?

—Tráiganlo a la casa —les dijo Yali—, hay que ayudarle.

Entonces así fue, Atzin tomó al pequeño con sumo cuidado y caminó entre todo el pueblo, que observaba con agradecimiento y lástima a su amigo. Después de un tiempo, Tlacuatzin abrió los ojos. Se encontraba en una cama cálida, dentro de una habitación completamente iluminada, tanto que incluso le lastimó la vista. Volteó a su alrededor y vio a Atzin y Mixtli sentados a su lado, dormidos. Se veían como nuevos, sus ojeras habían desaparecido y su piel se notaba más brillante. Pero el tlacuache sentía algo raro, diferente. Revisó su cola y se dio cuenta de que ya no tenía un solo pelo, ahora era pura piel. Se sintió triste, extraño. Pero gracias a esto, poco a poco recordó todo lo que había pasado.



- —Oye niña —le dijo a Mixtli.
- —¿Eh? —la pequeña estaba todavía muy adormilada.
- —¿Tienen comida? Es que necesito llevarla a mi nido —bromeó el tlacuache.

Mixtli abrió los ojos poco a poco y vio a su amigo con una sonrisa en el rostro. En ese momento, ella comenzó a reírse, despertando a su hermano. Los tres ahora iluminaban la habitación incluso más que la luz del sol. Sus padres también llegaron, caminando sin ninguna dificultad, después de escucharles y todo mundo estaba riendo más feliz que nunca.

- —¿Cómo te sientes? —le preguntó Atzin.
- —Bien, gracias —respondió Tlacuatzin—. ¿Qué pasó? No recuerdo muy bien todo.
- —Para resumir, nos trajiste el fuego, te lastimaste y mi mami te curó —le respondió Mixtli, muy emocionada.
- —¿Ah sí? Muchas gracias —se dirigió hacia Yali—, no sabía que usted era sanadora.
- —Gracias a ti por salvar a mi hija, yo no sabía que tú eras un héroe —le respondió la madre de los niños.
- —Nos equivocamos mucho contigo —dijo Iztli—, gracias por todo lo que hiciste. No solo con nosotros, sino con todo el pueblo en general.

Tlacuatzin no sabía qué decir, jamás había recibido tantas muestras de aprecio.

—Y ¿qué pasó con los gigantes y el jaguar? —les preguntó.
—Se fueron —Atzin contestó rápidamente—. Nadie sabe a dónde, pero ya no están aquí.
—Bueno, pues gracias a ustedes por todo —Tlacuatzin sonrió—. Son una gran familia, tienen una casa muy bonita.
—Sí es bonita, ¿verdad? —Yali también sonrió—. ¿Qué te parecería vivir aquí?
—¿Disculpe? —Tlacuatzin creyó que había escuchado mal.
—Sí, nos gustaría que te quedes con nosotros —Iztli puso su mano sobre la cabeza del marsupial.
—Yo… no sé qué decir… no… puedo —El tlacuache estaba muy honrado y apenado a la vez.
—¿Por qué no? Ahora somos amigos, pero después podemos ser familia — le dijo Atzin—. Ya no tendrás que ocultarte en la basura ni alimentarte de las sobras, podrás estar en donde quieras y comer con nosotros. ¿Qué dices?
—Yo
—Ya tlacuachito, no te hagas del rogar—le dijo Mixtli—. Bienvenido a tu nueva casa.
Tlacuatzin solo sonrió y abrió sus pequeños brazos para que todos se abrazan.

Tlacuatzin solo sonrió y abrió sus pequeños brazos para que todos se abrazan. Donde antes había cuatro, ahora serían cinco. Y así, después de muchísimo tiempo sin luz ni calor, la criatura más impensada logró recuperar el fuego y traerlo de regreso a los humanos. Nadie más volvió a sufrir de aquel frío infernal ni de las noches sin fin. Una nueva era se vislumbraba en el horizonte y estaría llena de calidez. Todo gracias a un pequeño tlacuache que aprendió a confiar en sí mismo.





